

# Exilio, regreso y huida de un poeta en la independencia: el neogranadino José Fernández Madrid

## *Exile, Return and Flight of a Poet in Independence: José Fernández Madrid from New Granada*

MARINA PANIAGUA BLANC

Departamento de Filología  
Universidad de Huelva  
marina.paniagua@dfilo.uhu.es  
<https://orcid.org/0000-0001-6535-9514>

RECIBIDO: 4 DE OCTUBRE DE 2024  
ACEPTADO: 19 DE DICIEMBRE DE 2024

**Resumen:** Esta incursión en la poesía del neogranadino José Fernández Madrid es un acercamiento a su vida viajera real y ficticia, marcada por el exilio, el breve regreso y la huida en un periplo que se cierra con su muerte. Fueron desplazamientos condicionados por el momento histórico, en el que el autor se debatió entre lo personal y la épica emancipadora. Para este acercamiento se ha utilizado esencialmente la edición de sus poemas de 1828, pero también otros que no fueron recogidos en aquella recopilación, en la que colaboraron sus amigos Bello y Olmedo. Con ello se hace una aportación a la visión de la poesía de un autor muy polémico, con defensores y detractores y con una obra condicionada por las andanzas entre la Nueva Granada natal y sus estancias forzadas en Cuba, Francia e Inglaterra.

**Palabras clave:** Exilio. Huida. José Fernández Madrid. Nueva Granada. Poesía.

**Abstract:** This incursion into the poetry of José Fernández Madrid from New Granada is a perusal of his real and fictitious travelling life; marked by exile, a brief return and flight, in wanderings that ended only with his death. His wanderings were conditioned by the historic moment, in which the author was torn between his personal life and epic emancipation. For this approach, we have mainly used the edition of his poems of 1828, but also others that were not collected in that edition, in which his friends Bello and Olmedo collaborated. We thus contribute a particular view of the poetry of a highly controversial author, with both defenders and detractors, whose work is conditioned by his wanderings between New Granada, his place of birth, and his forced sojourns in Cuba, France and England.

**Keywords:** Exile. Flight. José Fernández Madrid. Nueva Granada. Poetry.

\* Esta investigación se enmarca en el proyecto «La institución del Siglo de Oro. Procesos de construcción en la prensa periódica (1801-1868)», SILEM III (PID2022-136995NB-I00), dirigido por Mercedes Comellas Aguirrezabal, de la Universidad de Sevilla, y en el Grupo de Investigación Reconocido «Humanistas» de la Universidad de León.

### CÓMO CITAR ESTE ARTÍCULO

Paniagua Blanc, Marina. 2025. «Exilio, regreso y huida de un poeta en la independencia: el neogranadino José Fernández Madrid». *Rilce* 41.2: 553-79. DOI: <https://doi.org/10.15581/008.41.2.553-79>



Podría decirse de José Fernández Madrid, autor cartagenero, cuyos poemas se elaboraron primordialmente en Cuba y Londres, que, como su amigo Andrés Bello, es ante todo «un poeta en el exilio» (Arciello/Paniagua Blanc 2022, 52-53), por lo que, como diría Molloy, «el yo escribe desde otro lugar», asimilando el pasado desde la nostalgia (1996, 119-20). Así, su poesía se produjo con la añoranza manifiesta de la patria, al igual que la de otros muchos autores hispanoamericanos, por lo que «algún día en las historias de la literatura latinoamericana habrá un capítulo que será el de la literatura del exilio» (Cortázar 1981, 101) o, como reconoce Cymerman, buena parte de las creaciones de autores hispanoamericanos se escribió fuera de sus naciones (1993, 523). Los motivos fueron muy diferentes, pero casi siempre políticos, que conducían inexorablemente a persecuciones, exilios y huidas. A pesar de ello, el número de poetas en Hispanoamérica aumentó sensiblemente y fueron muchos los que se empeñaron más en exaltar a las nuevas patrias que en generar una producción de calidad, que pudo ser publicitada gracias al desarrollo de la prensa, como algunos de los poemas de nuestro autor. En este contexto, los viajes de Fernández Madrid fueron de huida, pero al mismo tiempo formaron parte de su currículo, al igual que en otros escritores de la época (Albuquerque-García 2014, 38). Su obra poética conocida no es muy extensa y desde siempre se ha considerado que en ella existen dos tendencias: por un lado, la intimista de los amores y lo corriente de la vida con poemas dedicados a su familia, amistades o personas con las que sentía cercanía, incluso objetos que formaban parte de su existencia, tratando de imitar la poesía descriptiva de su admirado Jacques Delille (1788-1813); por otro, la de la libertad, vinculada al proceso independentista (Bello 1985, 308). Vergara y Vergara denominó a esta división «felicidades domésticas» y «trompa patriótica» ([1867] 2017, 488). Se trata, pues, de un poeta que compagina lo amatorio y familiar con lo civil y comprometido (Castillo Mier 2011, 498-99 y 504-05), cuya valoración ha sido muy dispar a lo largo del tiempo, según este mismo autor (2011, 519), que olvida algunas consideraciones importantes; así, las de Menéndez Pelayo (1894, xxxiv-xxxix),<sup>1</sup> que poco tuvieron que ver con los elogios que le dedicaron las críticas colombianas, por considerarle el primer poeta de la independencia.

---

1. El autor español, igual que Del Monte, Caro, Pacheco Quintero, Arrazola, Camacho Guizado o Carilla, entre otros, han sido muy críticos con su calidad poética, frente a quienes no han dudado en alabarle, como Villegas Ángel, Ospina, Orjuela o García Maffla (Castillo Mier 2011, 513-19).

Su poesía es el resultado de una vida que se convirtió en un continuo viaje, con desplazamientos forzados, que no respondieron a aquellas características de los realizados por los intelectuales del siglo XVIII, que lo hicieron por amor a la ciencia o por curiosidad antropológica. Fue obligado a viajar por las circunstancias que imponía el proceso emancipador, huyendo del avance de los realistas o siendo prisionero de ellos, lo que recuerdan los estudios biográficos que sobre él se han hecho; así, la clásica obra de Carlos Martínez Silva (1889) o las de Torres Caicedo (1863), Caro (1943), Hernández V. (1969), Castillo Mier (2011, 500-03), Miranda Avendaño/Barbosa Ramos (2016, 94-100), Paniagua Blanc (2021, 300-06), incluso las historias de la literatura colombiana, como la de Orjuela (2008, 51-70). Los estudios sobre su obra se han abordado más desde su condición de político (Fernández de Castro 1942), de filohelenista (Latorre Broto 2020), de las relaciones con Andrés Bello (Barnola 1969), de la historia (Paniagua Blanc 2019), del erotismo (Orjuela 2001) y, en particular, sobre su discutida traición, de la que tuvo que defenderse (Fernández Madrid 1827b) y sobre la que abundan estudios y referencias, siendo una de las más recientes la de Acevedo Puello (2017).

El primer viaje estuvo motivado por sus estudios en Santafé de Bogotá, puesto que Cartagena, donde había nacido en 1789 en el seno de una familia criolla, no ofrecía demasiadas oportunidades. Por entonces, la capital gozaba de uno de los ambientes literarios más efervescentes de Hispanoamérica, y allí se vinculó a la Tertulia del Buen Gusto, mientras cursaba estudios de Derecho y Medicina en el Colegio del Rosario. Su primera composición conocida, publicada en el *Semanario de la Nueva Granada* del 31 de diciembre de 1809, fue la «Oda a la noche», poema con profundas reminiscencias auriseculares, que no fue del gusto de Vergara ([1867] 2017, 488). Sabemos de otras composiciones de aquella época, ya perdidas, que obraban en Buga, en casa de su amigo Miguel Domínguez. Una de ellas era la sátira propia de un estudiante sobre un profesor, *El gallicidio*, y la otra llevaba por título *Oda sobre la discordia* (Martínez Silva 1889, 97). Regresó a Cartagena en 1810, y al año siguiente se implicó en la proclamada independencia de aquella ciudad, participando en la elaboración de su Constitución y vinculándose al proceso de lo que Nariño llamó la Patria Boba. En 1812 fue elegido diputado en el Congreso de las Naciones Unidas de Nueva Granada, por lo que tuvo que trasladarse a Villa de Leiva y luego a la capital, donde en 1814 formó parte del triunvirato que debería gobernar la nueva república. Llegó a ser el efímero primer presidente el 14 de marzo de 1816, momento en el que comenzó otro tipo de viajes más do-

lorosos de huida y exilio, pero más productivos en lo literario. Así, se desarrolló un periplo desde Cartagena que finalizó con el regreso de su cadáver desde Inglaterra, donde falleció en Barnes el 28 de junio de 1830. De acuerdo con esta trayectoria, Carilla menciona tres etapas de su vida: la política, hasta 1816; el exilio en Cuba, hasta 1825; y el regreso a la patria y su estancia en Europa (1979, 185). En realidad, esta última etapa tendría dos partes, la de su breve y comprometida estancia en la Gran Colombia y la de su viaje a Europa, en donde se produjo una reflexión sobre su vida personal y literaria, contactando con grandes autores europeos e hispanoamericanos. Estos últimos fueron los años decisivos para dar a conocer su obra.

Aunque se le ha considerado un poeta neoclásico o romántico, su obra es difícil de encuadrar en un movimiento, puesto que es evidente que su poesía amorosa tiene un erotismo contenido que nos recuerda el Rococó, al tiempo que la exaltación de los deseos de libertad y de culto al héroe le acercan al Prerromanticismo. Mostró además su admiración por la poesía narrativa de Jacques Delille y por la obra de Chateaubriand y Byron, sin despreciar la anacreóntica de Meléndez Valdés o la de quienes cantaron la Guerra de la Independencia, especialmente Quintana y Arriaza. Se supone que, estando en Cuba, tradujo la obra de un autor de moda, el orientalista francés Constantino Volney (1757-1820), que escribió *La Ley Natural o Principios Físicos de la Moral*, aunque dicha traducción apareció anónimamente en 1821.

A lo largo de su vida le tocó tratar con personalidades que de una forma u otra dejaron su huella en la historia; entre ellos, no se puede olvidar al ecuatoriano Vicente Rocafuerte, con el que compartió experiencias en Cuba y Europa, manifiesto admirador de la república de los Estados Unidos. El ecuatoriano le dedicó su obra *El sistema colombiano que más conviene a la América independiente* (1823) y Fernández Madrid su drama *Atala*.

En este artículo tan solo se trata la trayectoria viajera de Fernández Madrid desde su poesía, aunque se hagan algunas referencias de apoyo a sus textos y a sus obras dramáticas, en una de las cuales, la mencionada *Atala*, el viaje de huida de los protagonistas era la parte primordial de la trama.

#### EL RECUERDO DE UNA HUIDA

Huir implica abandonar un lugar por el miedo, pero también por dejar atrás unos recuerdos dolorosos, y ambas cosas las rastreamos en la obra del autor. Su primera huida la realizó en 1812. Desde Cartagena debía acudir a Villa de

Leiva como representante en el Consejo de la Unión, desviándose por el Darién y el río Atrato para no toparse con las tropas realistas. Comenzó así toda una serie de desplazamientos relacionados con su condición de político. Tras su nombramiento presidencial, ante el avance de las tropas de Pablo Morillo, abandonó Santafé hacia finales de marzo de 1816. Primero, buscando un enfrentamiento con los realistas, para lo que se desplazó a Zipaquirá y Chía, donde fue abandonado por el general Serviez, que se retiró hacia Casanare. Aquello le obligó a renunciar al proyecto de lucha e iniciar una retirada hacia el sur con la esperanza de obtener ayuda desde Quito y negociar la participación de Chile y Buenos Aires. Todo ello fracasó, por lo que pensó huir hacia Brasil en compañía de Caldas, pero también este proyecto se malogró tras el triunfo realista en Cuchilla del Tambo el 29 de junio (Martínez Silva 1889, 58-64). La única alternativa era adentrarse en las montañas de Barragán con su esposa y algunos fieles, lo que le dejó una profunda huella.

¡Bosques de Barragán y de Quindío!  
 ¡Montañas majestuosas!  
 ¡cuántas, cuántas memorias dolorosas  
 vuestra imagen presenta al pecho mío! (79)<sup>2</sup>

Estos versos le sirvieron al español asentado en Cuba, Francisco Iturrondo, para inspirarse en la dedicatoria que hizo a Madrid pocos años después de su muerte:

¡Oh tú, vasta montaña de Quindío!  
 de Barragán ¡o bosques majestuosos!  
 jamás vuestras profundas soledades  
 volverán a escuchar los melodiosos  
 tiernísimos acentos  
 del alud de Madrid –tronó la parca–. (Iturrondo 1834, 84)

Precisamente de este viaje real nos dejó un recuerdo en los poemas publicados y escritos durante su exilio cubano. Se trata casi siempre de retazos que aparecen dispersos, ya que intenta evitar la memoria de aquella trágica marcha que acabó en un fracaso y en un supuesto acto de cobardía para salvar su vida,

---

2. Salvo que se indique lo contrario, todas las citas pertenecen a la edición de 1828. En ellas, se ha respetado el texto original, excepto por los signos exclamativos iniciales, que se han añadido cuando faltaban.

pues fue capturado en Chaparral y enviado a Bogotá (Martínez Silva 1889, 90-99). Sin embargo, no pudo evitar que los recuerdos aflorasen al escribir su oda «La noche de luna»:

Cuando de la opresión un inocente,  
y del encono de la tiranía  
huye, como si fuera delincuente,  
solo guiado por tu luz sombría;  
tú diriges sus tímidas pisadas  
por mil sendas ocultas e ignoradas. (122)

De aquel viaje, sus peores recuerdos eran los del sufrimiento de su esposa enferma; por ello, en la «Rosa segunda» le vienen a la memoria las penalidades pasadas en la huida. Se trata de un recuerdo agridulce, de una paradoja, en que narra el tránsito por una naturaleza llena de peligros, pero al mismo tiempo protectora de su huida, para lo que utilizó efonesis, recurso muy frecuente en su poesía, y algún pleonasma para transmitir las emociones:

Eternas soledades silenciosas,  
solamente habitadas  
de sierpes venenosas  
y fieras contra el hombre conjuradas;  
vosotras me abrigabais algún día  
del furor de una horrible tiranía. (79)

En el mismo poema, Fernández Madrid vuelve a suavizar la penosidad y peligrosidad del viaje con escenas bucólicas que convierten aquella temible naturaleza en un paisaje idílico con palmeras, robles y torrentes de agua, en el que disfrutaba con su amada esposa. Es casi la definición de poesía rococó que hizo Joaquín Arce, con aguas fluyentes, amor y belleza de mujer (Arce 1981, 185-86). Hay incluso toques de erotismo, en una sociedad que tendía a un mayor laicismo, lo que recuerda levemente la poesía «sensualista, delicada, sugestivamente erótica y juguetona» de autores españoles como Moratín, Cadalso y Meléndez Valdés (Gies 1999). La sensualidad está muy presente en los diez poemas poliestróficos titulados «Las rosas» que dedicó a su esposa y que originalmente se publicaron en las ediciones cubanas del periódico *Correo Constitucional* y de *El Argos*, entre el 17 de junio y el 20 de agosto de 1820:

Alguna vez con ella me acostaba  
a la orilla de un rápido torrente,

que entre dos rocas áridas bajaba  
 con espantoso estruendo;  
 contemplábalo atento, y de repente  
 una rosa a mis ojos ofrecía. (80)

Precisamente fueron estos y otros versos de aquella «Rosa primera» los que se consideraron lujuriosos por algunos autores, y así lo recuerda en un poema que hizo para la defensa de lo publicado: «Ya se asegura que vedarse deben / como lascivos», cuando su intención había consistido en cantar «la sagrada antorcha del Himeneo» (109). Compuso además otros poemas en que el erotismo se hizo más patente, así en la «Rosa segunda», donde narra su noche de bodas y la pérdida de la virginidad de su esposa, en la que comparte con el lector la intimidad de un momento clave en la vida de una mujer de la época y, al igual que en otros versos, con la pretensión de exaltar la envidia de otros varones:

El temblor de tus miembros palpitantes,  
 la palidez de tu pudor divino,  
 tu amable confusión y tus sollozos,  
 todo, todo aumentaba mi delirio. (78)

Son poemas en los que el autor combina el penoso viaje de huida por parajes inhóspitos con la belleza de los mismos y la inocencia de la amada, estableciendo una antítesis entre el cuerpo de Amira y la naturaleza circundante; es decir, la amada inocente y deificada de «faz nevada» y «vivo encarnado» frente al monte espeso y pavoroso. Era la visión de la mujer fiel arrastrada por su destino lejos de la vida de una familia criolla acomodada y siendo víctima de las inclemencias del tiempo y el espacio (79-80). Ella sería el eje de su vida en el exilio cubano y también durante la estancia posterior en Europa, cumpliendo las expectativas de una esposa ideal: virgen, madre, virtuosa, sacrificada y hermosa. Era su razón para vivir, y así lo recordaba en la «Rosa décima» (105). Por ella podía renunciar a todo, incluso al *topos* del saqueo de aquel continente:

Cuantos bienes yo deseo  
 los encuentro, Amira, en ti...  
 Llévate ávido europeo  
 todo entero el Potosí. (88)

En la melancolía del destierro también surge la pregunta del hijo forzado al exilio en una de sus mejores composiciones, «Mi bañadera», junto con «La

hamaca», tal y como lo reconoce Menéndez Pelayo (1913, 43). En el poema pedía que su descendencia fuese liberada de tener su misma trayectoria vital: «De mi suerte adversa / os libren los cielos» (131). Era la reflexión y la consecuencia de un diálogo involuntario y no deseado que se estableció entre el progenitor, que se sentía culpable y que trataba de evitar los recuerdos dolorosos, y su descendiente:

–¿Por qué te veniste (*sic*)  
papá, de tu tierra?  
–Hijo, me obligaron  
a venir por fuerza.  
–¿Quién? –Los enemigos  
que son unas fieras.  
–¿No había soldados  
que te defendieran?  
–Sí, pero, hijo, hablemos  
sobre otra materia. (130)

#### EL LLANTO DEL EXILIO

Capturado por las tropas de Pablo Morillo, general enviado por Fernando VII en 1815 para la reconquista de la Nueva Granada, no corrió la suerte de otros independentistas, fusilados durante la Campaña de Terror, y se decidió exiliarle a España, tras haber pedido clemencia (Martínez Silva 1889, 99-100). Su viaje, por diferentes circunstancias, solo llegó hasta Cuba, donde contó con la ayuda de algunas autoridades y se ganó la vida ejerciendo la medicina y escribiendo algunos tratados médicos y económicos. El dolor del exilio hizo que aquella etapa fuese literariamente la más productiva de su vida, cuando publicó por primera vez una recopilación de su obra (1821). En ella incluyó su tragedia *Atala*, para la que recurrió a la *captatio benevolentiae* del lector, pues justificaba los defectos con la pretensión de «formar un teatro americano» (1821, s.p.). En la edición de 1828 decía no saber si su proyecto había sido acertado, aclarando que, si de nuevo tuviese que acometer una tragedia, su plan sería muy diferente al de *Atala* y *Guatimocin* (1828, iv). Aquella recopilación cubana de obras incluía, sobre todo, las realizadas durante el exilio, probablemente porque cuando huyó hacia el sur de la Nueva Granada había abandonado sus pertenencias para aligerar el paso (Martínez Silva 1889, 178-79) y anunciaba la publicación de un segundo tomo que incluyese la última

de sus obras dramáticas, *Guatimocín* (Fernández Madrid 1821, s.p.). Cuba fue la isla de los sentimientos encontrados de su viaje, pues si por un lado le aportó amistades y trabajo, por otro, se vio inmerso en la vorágine de buscadores de riquezas, lo que recuerda en la sátira a Lesbia: «Disputar sobre coplas yo no quiero; / mal oficio es aquí la poesía; / lo que nos tiene cuenta es el dinero» (156).

Condicionado por el exilio, en la isla caribeña se reavivó el amor por su tierra, cuando «¡Ay! todo lo he perdido, / ni la salud siquiera me ha quedado» (99). Desconocemos hasta qué punto albergaba esperanzas de su regreso, pero reconoció que intentaba adaptarse a una nueva vida a través del ejercicio de la medicina y el cultivo de la literatura: «¡Feliz el que ha nacido / al mismo tiempo médico y poeta!» (99), para lo que pudo contar con la amistad de José María Heredia, que hizo en México una crítica muy positiva de su obra (1831), José Antonio Miralla, Ignacio Valdés y algunos de los poetas populares de la isla, incluido el esclavo mulato Juan Francisco Manzano ([1835] 2007), del que conoció la primera publicación de sus poesías en 1821.

En aquellas circunstancias, la autocompasión se iba apoderando de él, lejos de su tierra y de los suyos, como se aprecia en la «Rosa novena», en la que trata de imprimir fuerza a sus versos con la utilización de anáforas, ecfonesis y preguntas retóricas sobre los muertos de la contienda neogranadina, de las que conoce la respuesta, evidenciada en la exposición sobre sus polémicas actuaciones de 1816 (Fernández Madrid 1825b, 32). Así, se queja de su mala suerte en la «Rosa décima», refiriéndose metafóricamente al avance de las tropas de Morillo y su represión como «una borrasca fiera», que le ha condenado a permanecer fuera de su país (105); por tanto, su autocompasión y la de otros poetas hispanoamericanos de la época se vinculó al proceso histórico que les había tocado vivir:

Siempre fui desdichado;  
siempre me ha sido adversa la fortuna;  
víctima triste del rigor del hado,  
a mi pesar, me veo confinado  
más acá de los mares,  
ausente de mi patria y mis hogares.  
¿Dónde están mis amigos más queridos?  
¿Dónde estás mi Felipe, tierno hermano?  
¿Cómo han de responder! los llamo en vano:  
¡Ay! en la tumba se hallan sumergidos. (101-02)

Los paisajes casi siempre forman parte de la memoria del exiliado, ya que le recuerdan su pasado y, con frecuencia, los contraponen con los que contempla en el exilio, lo que veremos más adelante que ocurrió también con su amigo Andrés Bello. El paisaje es, además, un modulador de su poesía, que se adapta al contenido de los versos, por ello se recurre al bucólico o al romántico, según lo exijan los temas. Hemos mencionado ya los que rodearon la huida con su esposa, pero en su dolor rememora algunos de los más simbólicos de la Gran Colombia. Entre ellos destacan los Andes con sus ríos que «compiten con el mar» y, sobre todo, las grandes elevaciones de nieves perpetuas, como el nevado del Tolima (123), una especie de cerro sagrado en la mentalidad neogranadina, o los «soberbios Cotopaxi y Chimborazo» (34). Su añoranza de volverlos a ver es retórica, pues le sirven para afianzar aún más su dolor de exiliado, ya que nunca había visitado los grandes volcanes ecuatorianos.<sup>3</sup> Esa añoranza andina contrastaba con su origen cartagenero, pues el mar apenas encontraba cabida entre los símbolos patrios. Lo utilizó en algunos hipérbatos y también lo consideró el medio por el que llegó la invasión española: «Con la dura cadena entre las manos / el soldado español el mar pasaba» (55);<sup>4</sup> incluso se presentó como la insalvable frontera entre su patria y el exilio: «Más acá de los mares / ausente de mi patria y mis hogares» (101).

#### EL REGRESO Y LA HUIDA

Tras aquel exilio, logró regresar a la patria independiente en 1825. El freno que puso entonces a la creatividad literaria tuvo que ver con su autodefensa. Eran muchos los que consideraron que el perdón de Morillo respondía a una traición, de la que tuvo que defenderse, pero de la que siempre permanecieron las dudas. La culpabilidad le iba a seguir el resto de su vida y no se perdonó haber solicitado al general realista la compasión en función de las penalidades de su esposa y de la ayuda que su madre necesitaba (Martínez Silva 1889, 178-79). Aquellos precedentes no favorecieron su estancia en la nueva república, y por ello inició su último viaje con la condición de diplomático en Pa-

3. El encanto andino de los grandes montes atrajo la atención de muchos autores, como el propio Bolívar, que escribió «Mi delirio sobre el Chimborazo» (Lecuna 1917, 231-34).

4. Es este mismo sentido lo utilizó Francisco Antonio Zea, pues al diseñar la bandera de la Gran Colombia, en el Congreso de Angostura se le atribuye una comparación del color azul con el mar que separaba aquella república del yugo ominoso de España (Castrillón Muñoz 1961, 65).

rís y Londres, pero con la sensación de partir al exilio, a pesar de que Bolívar y Santander le patrocinaron una salida digna. Relató en unas palabras las dificultades del viaje hasta Nueva York: «¡qué navegación tan cruel!, calmas, vientos contrarios, malísima comida» (Martínez Silva 1889, 187). Llegó al puerto de Le Havre, pero de nuevo la distancia hacía mella en su vida, pues reconocía la belleza del paisaje hasta París, pero «nunca, sin embargo, me he encontrado tan insensible a los atractivos de la naturaleza» y «prefiero la soledad y los desiertos a todos los prodigios de Europa», «lo que sí me gusta es el Magdalena» (Martínez Silva 1889, 188).

De alguna forma, aquella huida se convirtió también en un viaje literario, en el que contactó con grandes poetas europeos e hispanoamericanos, aunque los asuntos diplomáticos no le dejaron mucho tiempo para cultivar la poesía. Aun así, pudo dedicarse a pulir aquellos versos de la primera edición.<sup>5</sup> Primero en París, ayudado por José Joaquín Olmedo, que reconoció la receptividad de Madrid para las correcciones y sugerencias en una carta dirigida a Bello de 8 de marzo de 1827, en la que mencionaba la «falta de lima» y el daño que producía a su vena creadora «su extrema facilidad en componer» (Olmedo 1960, 269). Las correcciones continuaron en Londres con Andrés Bello (Fernández Madrid 1828, iii). El resultado fue que, comparando la edición de La Habana y la británica, tales correcciones se habían limitado especialmente a cuestiones léxicas y a la organización del poemario.

Los tres autores se reencontraron en la capital británica. De aquella confluencia dio noticia Bello a Ignacio Tejada el 29 de enero de 1828, mencionando que sus amigos eran dos personas de gran talento, «el primero, ardiente y sincero admirador de B[olívar]... y del segundo tengo motivos para presumir otro tanto» (Bello 2022, 313).<sup>6</sup> Los tres seguirían caminos distintos desde la capital británica. Olmedo partió en 1828 para Quito; Bello, para Chile en 1829; y Fernández Madrid, en 1830, emprendía el viaje definitivo al más allá y el regreso de su cuerpo a la Nueva Granada. Los tres convivieron con Vicente Rocafuerte que, igualmente, en 1830 se dirigió hacia México.

---

5. La primera edición se publicó en La Habana (1921), por lo que no aparecieron todos los poemas que se publicaron en Londres en 1828; incluso el orden se vio alterado, pues en la edición británica se dio preferencia a las composiciones políticas e históricas.

6. La relación entre Olmedo y Bolívar no debía pasar por un buen momento, pues el poeta se negó varias veces a formar parte de su gobierno en 1829, aunque hay quien lo interpreta como un deseo por permanecer con su familia después de su estancia en Inglaterra (Rosero Jácome 1994, 105-06).

Durante la estancia en Londres, el final del viaje de muchos exiliados del mundo hispánico, sabemos de una sencilla composición dedicada al bautizo de la hija de Bello, que reprodujo Miguel Luis Amunátegui. En ella, con la tristeza del ausente de su tierra, trataba de explicar dónde se encontraba la alegría, que no era otro lugar que una bodega:

Bajo tierra  
 está escondida  
 cerca está  
 de la cocina  
 y una cueva  
 negra y fría  
 es la estancia  
 donde habita. (Amunátegui 1882, 296)

Ambos compartieron la añoranza de su tierra en aquel viaje de huida, por ello, cuando Bello se trasladó a Chile, le escribió una emotiva carta el 20 de agosto de 1829 con sus primeras impresiones sobre aquel destino que comparaba con la Gran Colombia:

Echo de menos nuestra rica y pintoresca vegetación, nuestros variados cultivos, y aun algo de la civilización intelectual de Caracas en la época dichosa que precedió a la revolución; y quisiera echar de menos nuestros malos caminos y la falta de comodidades domésticas, mucho más necesarias aquí que en nuestros pueblos, porque el clima en el invierno es verdaderamente riguroso. En recompensa se disfruta aquí por ahora de verdadera libertad; el país prospera; el pueblo, aunque inmoral, es dócil; la juventud de las primeras clases manifiesta muchos deseos de instruirse; las gentes son agradables; el trato es fácil; se ven pocos sacerdotes; los frailes disminuyen rápidamente. (Bello 2022, 344)

Las dudas sobre el comportamiento de Fernández Madrid en 1816 siguieron persiguiéndole en aquel viaje, a pesar de que Bolívar había confesado a Pedro Alcántara Herrán que «no hay duda que Madrid es tan benemérito como los mártires de la independencia que murieron en los patíbulos» (Martínez Silva 1889, 64). Sin embargo, la publicación en París de la *Historia* de José Manuel Restrepo (1827) se hizo eco de aquellos acontecimientos, lo que el cartagenero no le perdonó nunca, a pesar de las disculpas del historiador directas y a través de Bello:

Siento en extremo lo que dije de él en el trozo de Historia que debe haberse publicado. Hablé la verdad o lo que me pareció serlo según los documentos que tenía a la vista sin pasión alguna respecto del señor Madrid, con quien jamás he tenido amistad; pero sí una buena correspondencia. Tenga usted la bondad de hacérmelo esta indicación y decírmelo que celebraré pueda manifestar que yo he padecido alguna equivocación y que me crea que la menor pasión no ha guiado mi pluma respecto de lo que digo de él, y que he escrito lo que me pareció verdad. (Bello 2022, 307)

Quizá por sus avatares personales, aquel viaje de huida patrocinado por los líderes independentistas tampoco le ofrecía seguridad. La inestabilidad política de la Gran Colombia le preocupaba, sobre todo por su esposa, que en aquellos momentos viajaba hacia Londres para reunirse con él. Le atemorizaba el hecho de verse sustituido en la representación diplomática y que con ello le faltasen los medios para vivir (Martínez Silva 1889, 356), en un momento en que se hallaba próximo a su muerte.

No ignora el vate que la tumba fría  
 en las playas británicas le espera:  
 ¿Cómo en los hielos conservar pudiera  
 una tan débil flor su lozanía?  
 Mas la patria lo quiere, y él no olvida  
 que es dulce y decoroso  
 en sus aras morir... –Llorad ¡oh ninfas!  
 el cantor de las *Rosas* melodioso,  
 con su dorada lira,  
 enmudeció en los brazos de su Amira. (Iturrondo 1834, 87)

En ese final de la vida le acompañó su esposa, que llegó a mediados de 1829, después de haber perdido durante su viaje por el Magdalena a su hija Pepé, a la que el autor había cantado en «Mi bañadera» (127-31). Cuando se reunieron, Madrid era consciente de la imposibilidad de su regreso a la patria, no solo por su salud, sino porque «mientras Bolívar esté al frente de la república no me separará de este destino» (Martínez Silva 1889, 348). Aun así, pudo completar el periplo, puesto que su esposa, venciendo todas las dificultades burocráticas, regresó con su cadáver a la actual Colombia (Martínez Silva 1889, 366).

Su muerte fue sentida de una manera muy especial en Cuba, y por ello se condolieron por escrito autores como Félix Varela y José Antonio Saco, que lo hicieron desde su exilio en Nueva York. Domingo del Monte, emocionado,

enumeró sus cualidades humanas (Paniagua Blanc 2021, 305), a la vez que criticó la calidad de su poesía. El poeta Francisco Iturrondo le ensalzó en sus versos: «¡Madrid desventurado! / ¿Por qué no te quedaste entre nosotros / al amor y a las musas consagrado?» (1834, 83-86).

#### EL VIAJE POR LA HISTORIA

Al escribir sobre Fernández Madrid, Vergara y Vergara expuso que «la vida del poeta es un reflejo de sus obras y viceversa» (1931, 86-87). La cronotopía de sus escritos se aprecia de manera muy especial en sus viajes por la historia, en los que el espacio y el tiempo quedaron vinculados para convertirse en un concepto único (Bajtin 1989, 84-85). La Nueva Granada y su independencia, y la América en general, obligaron a su poesía a transitar por la historia desde la época prehispánica hasta su contemporaneidad, buscando un nexo de continuidad de hechos y consecuencias. Sus poemas, por tanto, son un viaje por las circunstancias, producto del pasado, y por la inmediatez. Era una continuidad de la poesía conmemorativa de la monarquía borbónica, que en Bogotá representó Manuel del Socorro Rodríguez. Evidentemente, hubo un cambio de actores, pues los monarcas y sus autoridades se sustituyeron por los líderes independentistas, y del supuesto heroísmo de los reyes se pasó al héroe real y cercano, heredero de una tradición prehispánica. Testigo y actor de la historia caminaba por el presente buscando justificaciones en el pasado, lo que le valió el reconocimiento de sus contemporáneos. Andrés Bello en el *Repertorio Americano* consideró sus *Elegías nacionales peruanas*, sobre la muerte de Atahualpa (Fernández Madrid 1825a), una de las mejores obras que se habían consultado (Bello [1826] 1973, 320). El venezolano quiso reeditarlas, pero no llegaron a publicarse por el ruego que le hizo Madrid de que fuesen anónimas, debido a su condición de diplomático (Bello 2022, 242). Aquella rememoración de Atahualpa y su fatal destino le sirvieron de apertura en la edición de 1828 para justificar su tránsito por los hechos históricos hasta el presente, lo que sucedería igualmente con su obra dramática *Guatimoc* (1827a). Fue el mismo Andrés Bello quien consideró que le había tocado vivir una época de convulsiones que habían dado lugar a las producciones más perfectas (1985, 307-11).

Sin embargo, sobre la calidad de los poemas de Madrid no hubo unanimidad. Miguel Luis Amunátegui les dio un valor histórico por su trato de las relaciones entre españoles de ambos lados del Océano, pero en lo literario

consideró excesivos los elogios de los autores colombianos Santiago Pérez Manosalba y José María Quijano. El primero había mencionado al «Grande Homero» (1851, 73) y el segundo a «una palma gigante (*sic*) entre palmeras mil», «un astro de relucientes arreboles», «un sol que brillaba entre brillantes soles», «un águila audaz del Ande colombiano», «un sol que vino a alumbrar el suelo americano para gloria del mundo» (Amunátegui 1861, 7). Madrid, lo mismo que otros poetas herederos de la Ilustración, viajó por la historia apoyándose en la poesía, considerándola *magistra vitae* en un ámbito revolucionario de exaltación de la nación y sus valores. Se vinculaba así a otros poetas hispanoamericanos del momento, deudores de Quintana (Menéndez Pelayo 1913, 43), Arriaza o Cienfuegos, cantores de las virtudes del pueblo y de los héroes de la Guerra de Independencia, también alabada por él mismo en «España salvada por la Junta Central» (Fernández Madrid 1809).

La enseñanza de la historia a través de la poesía implicaba al mismo tiempo la exaltación del héroe, ejemplo a seguir en el viaje de la vida, para lo que recordó a personajes independentistas de todos los ámbitos, desde Hidalgo a Bolívar y Girardot, sin olvidar a Washington; a luchadores históricos como Guillermo Tell o Cuauhtémoc. Incluso recordó a Porlier, Lacy, Quintana, Riego y otros héroes españoles del Sexenio Absolutista y la Década Ominosa. Eran figuras para imitar: «Sigue el ejemplo heroico que te ha dado / mientras haya tiranos, caminante» (29); «Y su heroísmo, su martirio y gloria / a los fieles se citen, como ejemplo / digno de amor y de inmortal memoria» (53). Probablemente, en su interior, el poeta canta aquello que no pudo consumir, prefiriendo el camino del exilio y la huida, ya que, a pesar de sus odas, «no tenía temple de héroe ni vocación de mártir» (Menéndez Pelayo 1913, 39). No parece que en él se cumpliera el tópico horaciano del *dulce et decorum est pro patria mori*, al que habían aludido, entre otros, Arriaza (1810, 55). Su falta de heroísmo la compensó con sus ataques a la historia pasada y presente de España (Menéndez Pelayo 1913, 40). Existía un interés por lavar su nombre, manchado por sus súplicas ante Morillo, que para muchos grancolombianos tuvo el sentido de una traición. De la limpieza de sangre se había pasado a la limpieza del honor, común a muchos independentistas; así Bello, al abandonar Londres con destino a Chile, escribía a Madrid: «Concluyo rogando a usted, se interese por mi buen nombre en Colombia, dando a conocer la urgencia absoluta que me obligó a tomar la casi desesperada determinación de embarcarme para Valparaíso», que no era otra que las escaseces que pasaba con su raquítico sueldo grancolombiano (Bello 2022, 339-44).

Su trayectoria histórica comenzó por un periodo de fidelidad a la metrópoli, expresado en 1809 en el poema «España salvada por la Junta Central», elogiando a este organismo frente a Godoy y Fernando VII. No comprendía la confianza que se había puesto en la Francia napoleónica: «¡O desgraciada Ilión! ¿Cómo te fías en la astucia griega del pérfido Sinón?» (Fernández Madrid 1809, 4). El poema no apareció ni en la edición cubana ni en la londinense, puesto que contradecía sus sentimientos republicanos e independentistas.

En la edición británica, al contrario que en la cubana de 1821, los poemas históricos anteceden a los sentimentales y familiares, probablemente por consejo de Olmedo y Bello, ya que este último reconoció que había superado una etapa de superficialidad, al pasar de la hojarasca mitológica y pastoril a las impresiones fuertes y horrorosas «más dignas del hombre, que los coloquios almibarados, y las insípideces bucólicas» (Bello 1985, 307-11). A pesar de esto, Madrid era todavía víctima de la pedantería mitológica que cultivaron algunos autores neoclásicos o que otros aprovecharon con más éxito, como Olmedo en *La victoria de Junín* (1826).

En su viaje por la historia no hay un orden cronológico. El fenómeno del tiempo lo supedita al contenido. Se inicia, a modo de ofrenda, con un poema en honor a Bolívar. Siguen los poemas dedicados a Atahualpa y a los héroes americanos. Su viaje por la emancipación hispanoamericana va buscando referentes en personajes como Girardot, Rivas, Urdaneta y, de manera muy especial, en El Libertador:

Bolívar esforzado,  
vanamente en mis versos yo pretendo  
seguir contigo intrépido y osado,  
de atronador cañón entre el estruendo,  
entre los gritos que la muerte envía,  
y el polvo y humo que oscurece el día. (23)

La historia prehispánica la aborda desde sus referencias al periodo incaico. En su poema dedicado a la Junta Central no parece haberse planteado dudas sobre la colonización y sus influencias, manteniendo viva la alegoría de la América salvaje frente a la Europa civilizada:

La misma España, en fin, que atravesando  
el piélago profundo,  
y al fiero americano sojuzgando  
conquistó un nuevo mundo. (1809, s.p.)

Incluso en ocasiones, siendo ferviente católico, elevó alguna crítica a la religión solar de los incas, así en la oda sobre «La noche de luna»: «Adoren veinte pueblos al Sol en el oriente, / y el Inca poderoso, su falso descendiente, / edifíquele templos, presénteles oblaciones» (122).

Viajando por la historia se debatió entre un pasado que quería recuperar o criticar y un presente heredero de aquella lucha interna. Fue el proceso independentista el que le hizo cambiar, cuando renació de manera positiva el referente del imperio incaico, con una llamada a la unidad del pueblo peruano, al que culpó de su desgracia por su desunión en la conquista, ya que «Así triunfaron siempre los tiranos» (8), como Pizarro lo había hecho en Cajamarca al cometer un crimen en el que «en largo tormento morirá el monarca / víctima dos veces del falso español» (10). Fue reincidente en este sentido hasta en los poemas familiares, lamentando en «Mi hamaca» la suerte de los dos grandes imperios prehispánicos:

Pobres los descendientes  
del grande Huayna-Cápac  
y de los opulentos  
monarcas del Anáhuac,  
hoy miserables gimen,  
todo, todo les falta,  
y solo un bien les queda,  
su pereza y su hamaca. (152)

El nexa entre la historia prehispánica y la contemporánea lo hizo en el soneto «A las banderas de Pizarro remitidas a Bogotá por el Libertador». Tras la batalla de Ayacucho, aquello era simbólicamente el final del viaje bajo el dominio español, y así lo expresó el propio general Sucre, cuando se las remitió a Bolívar (O'Leary 1884, tomo 13, 249). La humillación de la conquista quedaba vengada:

Monumento de un déspota insolente,  
banderas de Pizarro ensangrentadas  
que rindió ante Bolívar la Victoria. (20)

Continúa la obra con las odas dedicadas a los libertadores de Venezuela y a Atanasio Girardot, ambas elaboradas en 1812. El resto de sus composiciones históricas se produjeron en el exilio; así, las dos dedicatorias al cumpleaños de Bolívar, cargadas de epítetos y de referencias mitológicas sobre el héroe que

restauró la monarquía incaica: «Hoy el sol de los incas ha lucido / sobre su antiguo imperio redimido!» (35).

Viajó a través del Atlántico para dedicar sus versos a la vieja Europa. Primero a sus pueblos pisoteados por los Cien Mil Hijos de San Luis, lo que le sirvió para hacer una llamada contra la tiranía: «se halla un abismo / de servidumbre, lágrimas y horrores» (40). Sin orden cronológico, incluyó la oda a la restauración de la Constitución, en 1820, todo un acontecimiento en Cuba, que Madrid no dudó en enaltecer hasta el punto de mencionar la «hermosa monarquía» (45), alabando a Porlier, Lacy y Riego, víctimas del absolutismo (47), y en donde salieron a relucir los nombres de tres exiliados en Londres (50), de los que debió conocer a los dos primeros: Antonio Quiroga y Alonso Flórez Estrada; el tercero, Fernández Sardino, murió el 16 de abril de 1827, unos días antes de que el poeta llegase a la capital británica. Continúa con el ditirambo dedicado a dos víctimas del Sexenio Absolutista, Porlier y Lacy (1820), en que también se evoca a Joaquín Vidal, Rafael de Riego, Luis Daoiz, Pedro Velarde y otros héroes. Es uno de los poemas en los que se aprecian las correcciones realizadas en Europa, pues, al hacerse la edición de *La Habana*, Riego aún no había sido ahorcado y en su lugar aparecía el nombre de Quiroga, el oficial de mayor graduación en el pronunciamiento de 1820 (Fernández Madrid 1821, 140). Le sigue otro poema alusivo a la represión del 10 de marzo en «la hermosa Cádiz, el antiguo asilo / do se abrigó la libertad un día» (60), aquella de los 64 muertos. En este poema revierte la tradición alegórica de la imagen salvaje de América, aplicando a los españoles la denominación de «caribes duros y brutales» y otra serie de epítetos peyorativos en una descripción de escenas de horror, que nos recuerdan los versos de Olmedo:

Indefenso el marido  
cae junto a la esposa degollada:  
de su cuello nevado,  
la sangre en manantiales ha saltado.  
Fuera de sí la madre ante sus ojos  
de sus tiernos infantes  
mira, ¡qué horror! los míseros despojos,  
y los sangrientos miembros palpitantes. (62)

En todo su viaje por la historia contemporánea de España, no solo hace referencias negativas al comportamiento de sus gentes en América, sino que resalta las cualidades de quienes lucharon por la libertad desde 1808 hasta la Dé-

cada Ominosa. Al referirse a ellos, siente la herencia de lo hispano y hace un reconocimiento de su origen cultural:

Todos somos iguales;  
 nuestro idioma es el mismo, y nuestro suelo;  
 no huya, pues, el hermano del hermano;  
 leal amigo del león hispano  
 bata las alas, y con raudo vuelo  
 elévese el cóndor americano. (48)

Un último bloque lo compone una serie de poemas dedicados a determinados personajes. Son esos que el viajero siempre encuentra en el camino y de los que el poeta dejó recuerdos en unos versos de escasa calidad, dedicados a criticar a Napoleón e Iturbide (70-73). Salvando estos, corresponden casi todos a personajes que ha conocido en Cuba: José Antonio Miralla, Valdés Machuca, Teresa Garró, la desconocida Lesbia, José Miguel Peñalver y Aguirre o los diputados de la Sociedad Económica; incluso menciona al gobernador Luis de las Casas, fundador de la Casa de Beneficencia, fallecido en 1796 (176). Por el contrario, no tuvo tan buenos recuerdos de quienes criticaron sus *Rosas* (108-10).

En este conjunto de poesías históricas, introduce de una forma descuidada una composición que debería formar parte de sus poemas más intimistas. Se trata del «Fragmento de la descripción de una comida en un cafetal» (60), que algún autor ha interpretado como la manera de expresar «la realidad nueva que nació con la independencia» (Castillo Mier 2011, 512).

Madrid escribe y publica gran parte de su deambular por la historia durante su exilio y huida, alejado de los acontecimientos. Aquel viaje era una necesidad del poeta para justificar su actitud en favor de la lucha independentista. Era necesario vengar la muerte de Atahualpa, representante del mundo americano primigenio: «salid ayes tres siglos reprimidos / en los pechos del pueblo peruano» (11); de ahí el maniqueísmo de sus personajes, ya que unos tienen actitudes positivas y ejemplificantes ante la vida (independentistas y sus partidarios) y otros negativas (realistas), ridiculizando de una forma un tanto pueril a estos últimos, a los que nos presenta en constante huida: «Corred, corred bandidos, / prófugos, asesinos de la Iberia», «así corren los hijos de Pelayo / como ciervos ligeros» (24). A estos se contraponen la figura del luchador por la libertad, al que aplica una grandeza impostada por medio de un léxico bélico que parece impropio del carácter apacible que el autor manifestó en los poemas intimistas.

La historia coloca al ser humano en la posición de alcanzar una meta en la vida, sea esta la que fuere, y para él solo existían dos posibilidades: la muerte o la llegada a la gloria. La vida del héroe no la midió en años, sino por los momentos clave. En el caso de Girardot, porque «Vivió para su gloria demasiado, / vivió para su patria un solo instante» (28). El héroe está condenado con frecuencia a un destino fatal e inevitable, preámbulo de la liberación que tuvieron Pelópidas y Epaminondas (28). Esa idea sublime del camino hacia la muerte por una causa noble hizo que los horrores de una guerra, que apenas vivió, acabasen siendo ocultados por la epopeya de los héroes, en cuyo viaje recomienda participar a los poetas: «Ya todos los ilustres escritores / que con pluma elocuente / los triunfos de la patria presagiaron» (50). Por tanto, de igual modo que en la tradición clásica, el héroe solo muere físicamente, pues su pervivencia depende de sus acciones gloriosas y, como en Epaminondas, no importaba la descendencia biológica, porque sus dos ilustres hijas habían sido las batallas de Leuctra y Mantinea (Valerio Máximo, *Facta et dicta mem.* 3140-44). Es la equivalencia con la muerte del héroe neogranadino: «No ha muerto Girardot; no, sus acciones, / sus triunfos y su gloria / resuenan hoy en todas las naciones» (28).

El héroe por excelencia, resumen de todas las cualidades que este debía reunir, era Bolívar, que marcaba el camino del devenir de Hispanoamérica, para lo que hizo gala de sus conocimientos históricos comparándolo con Aníbal, Harmodio, Aristogitón, Washington, Fabio, César, Pelópidas, Temístocles, los Fociones, los Camilos y los Escipiones: «Todo en Bolívar se halla reunido» (36). Estas comparaciones nacieron del texto del Congreso de Angostura (1983, 88). Tampoco podía faltar la línea de vinculación con el pasado prehispánico, y le consideró un «Manco renacido» (36). Madrid ensalza el viaje histórico del Libertador, obviando la tremenda represión que estaba ejerciendo en 1825 sobre sus opositores políticos en el Perú.

El viaje heroico lo extiende también a los españoles de forma genérica o particular. La «Oda a los pueblos de Europa», que Menéndez Pelayo tituló «A los pueblos de Europa en tiempo de la Santa Alianza» (1894, 11-14), se ha considerado una composición de versos viriles, en los que esperaba ver triunfar la libertad (Fernández de Castro 1942, 47-48). Olmedo lo consideró el mejor poema de Madrid (Amunátegui 1882, 266) y desde la antología de Carilla se la califica de canción revolucionaria (1979, 187-90). Se trata de un viaje simulado por aquellos lugares de Europa que, con la ayuda de Francia y otras potencias europeas, habían abandonado sus constituciones liberales (Italia,

España y Portugal) o luchaban por su libertad (Grecia), en donde recordará la muerte de lord Byron, el héroe viajero, en abril de 1824:

¡Al arma, griegos, que la Patria os llama!  
 y aquel gallardo joven extranjero (*sic*)  
 que celebra la lid, ¿es un guerrero?  
 Vedlo ¡cómo espirante a la sonora  
 harpa su voz sublime acompañando,  
 en favor de la Grecia al cielo implora!  
 ¡Ay! por la Grecia llora;  
 Y el cisne de Albión muere cantando. (45)

De nuevo en esta oda parece que han intervenido para su depuración las manos de Bello y Olmedo. De hecho, este último mencionó una primera publicación con mayor número de versos en un periódico grancolombiano, que no ha podido ser localizado (Latorre Broto 2020, 333-36).

El inevitable triunfo de los hijos de san Luis trajo consigo la Década Ominosa. Por ello, desde Cuba, en un poema desubicado en el conjunto, lanza un lamento sobre la libertad que vuelve a huir, pero de la que espera el regreso, en unos versos que se desarrollan con todo un léxico sobre el viaje de ida y vuelta y con las consecuencias de la partida de tan preciado bien, que devuelve a España a su ignorancia y a su tradicional clericalismo inquisitorial:

Ya se cierran las escuelas,  
 ya se abren los conventos;  
 frailes de todos matices  
 ya preludian el *Te Deum*:  
 ya la santa Inquisición  
 prepara los quemaderos  
 para tantos herejotes,  
 y tantos libritos nuevos.  
 Adiós Libertad. Buen viaje  
 ¿y volverás? Yo te espero. (169)

A pesar de sus lamentos y denostaciones sobre la herencia española, creyó en una especie de unión mística en el deambular hacia la libertad de quienes hablaban una misma lengua. Esto explica sus cantos a los héroes peninsulares, con algunos de los cuales coincidiría en Londres, donde confluían los hispanos de ambos hemisferios (Llorens 1968, 164); y lo recuerda en unos versos

que ya hemos transcrito, dos de los cuales resumen aquella unión «nuestro idioma es el mismo, y nuestro suelo; / no huya, pues, el hermano del hermano» (47). El cantor de todos aquellos héroes de uno y otro lado del Atlántico siente vivir en un viaje obligado por los acontecimientos, forzado por todo lo contrario al heroísmo de otros (como lo recuerda en el poema dedicado a Valdés Machuca) a modo de epílogo de su vida en el exilio:

Yo, que arrojado  
fui por las olas  
de la tormenta  
más espantosa,  
me he despedido  
ya de la gloria. (137)

## CONCLUSIONES

Los viajes del exilio de Fernández Madrid son los de un poeta expulsado de «sus hogares» neogranadinos y condenado a vagar por geografías desconocidas, que le hacen añorar la propia, en la que desarrolla sus versos anacreónticos y pindáricos y hace vagar nostálgicamente a sus personajes. Sus composiciones se desarrollan entre la vorágine de una historia bélica y la melancolía personal. En ese error, común a muchos poetas hispánicos de la época, entre los que se encuentran sus amigos Bello, Olmedo, Miralla, y Heredia, se movilizan en dos direcciones: el viaje real, vinculado a su poesía intimista, y el que realiza a través de la historia con un carácter testimonial. En el primero se recrean paisajes y situaciones entrañables o una nostalgia contenida, en la que los acompañantes en el camino son sus familiares y amigos y en cuyos versos los pequeños detalles de la vida de hogar adquieren una dimensión especial para el autor.

Los viajes por la historia los componen una serie de poemas, obra de un condenado a vagar por culpa de su pasado falto de heroísmo, al que le obligaban las circunstancias y que generó en él una carencia que trató de suplir en su poesía. En ese viaje, la admiración surge hacia los héroes, aquellos que fueron capaces de luchar y dar su vida por la libertad cuando fue necesario, pero también hacia los que atentaron contra ella. En esos poemas, se exalta su poesía y se aprecia un abuso de efonesis, preguntas retóricas, anáforas, pleonasmos, epítetos, aliteraciones, incluso de encabalgamientos, todo ello para intentar dar fuerza al contenido. Con ese mismo fin recurre con frecuencia a lo

poliestrúfico, generando cambios de ritmo en la lectura en función de lo que quiere resaltar. Son viajes atropellados en los que prevalece un léxico bélico y mitológico, que se encuadra entre lo pindárico y lo elegíaco, pero en los que se genera un fin didáctico del ejemplo dado por el héroe.

A pesar de su aparente inconformismo y de sus reivindicaciones de libertad, del pasado prehispánico y los lamentos por los siglos de dominio español, sus viajes de huida y exilio no ponen en duda los valores tradicionales, ni siquiera la esclavitud con la que convivió en Cartagena y Cuba, ni tampoco la religión o el poder, si este provenía de las filas independentistas. Su poesía permaneció desarraigada respecto de los lugares en los que vivió su exilio, especialmente el europeo, donde su único consuelo estaba en su esposa, sus hijos y sus amigos. Algo parecido le sucedió con la naturaleza del Viejo Continente, a la que permaneció ajeno. Sus paisajes están entre lo bucólico y lo romántico, pero siempre campestres y americanos, reivindicativos de sus orígenes. No dedicó ni un solo verso al ámbito urbano de Santafé, Cartagena, La Habana, París o Londres. Por el contrario, recuerda la geografía de Colombia y, en menor medida, la de Cuba. En su añoranza ni siquiera menciona el problema de la lengua, inconveniente para muchos exiliados, aunque parece que dominaba tanto el francés como el inglés; el primero, de forma autodidacta, al igual que muchos ilustrados americanos, puesto que ya en Cuba hizo traducciones; el segundo, aprendido o perfeccionado durante su estancia en Inglaterra. Su huida y su exilio son también mentales, por eso no hay referencias en sus composiciones a sus actividades políticas o diplomáticas. Su vida profesional y su vida personal se hallan alejadas. La primera no parece merecer un recuerdo cuando en sus versos se compara con los grandes hombres de su época y del mundo clásico.

#### OBRAS CITADAS

- Acevedo Puello, Rafael Enrique. 2017. «El lector en su contexto. La defensa de José Fernández Madrid frente a los testimonios y la escritura de la historia de Colombia, 1821-1830». *Co-herencia* 31: 223-58.  
<https://doi.org/10.17230/co-herencia.16.31.7>.
- Alburquerque-García. 2014. «Literatura de viajes y siglo XVIII español: repaso y sistematización». *Miríada hispánica* 9: 37-68.  
<http://hdl.handle.net/10261/275512>.
- Amunátegui, Miguel Luis. 1861. *Juicio crítico de algunos poetas hispano-americanos*. Santiago de Chile: Imprenta del Ferrocarril.

- Amunátegui, Miguel Luis. 1882. *Vida de Andrés Bello*. Santiago de Chile: Pedro G. Ramírez.
- Arce, Joaquín. 1981. *La poesía del siglo ilustrado*. Madrid: Alhambra.
- Arciello, Daniele, y Marina Paniagua Blanc. 2022. «La literatura hispánica y los desplazamientos cronotrópicos (siglos XVI-XXI): una propuesta de seminario». En *Desafíos y retos de la educación en tiempos de pandemia: aproximaciones educativas desde la ética, la lingüística y la literatura*, eds. Santiago Sevilla-Vallejo y Roberto Castrillo Soto, 37-64. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- Arriaza, Juan Bautista de. 1810. *Poesías patrióticas*. Londres: T. Bensley.
- Bajtin, Mijail. 1989. *Teoría y estética de la novela*. Madrid: Taurus.
- Barnola, Pedro P. 1969. *Estudios sobre Bello*. Caracas: Fomento de publicaciones.
- Bello, Andrés. (1826). 1973. *El Repertorio Americano* 1. Caracas: Presidencia de la República.
- Bello, Andrés. 1985. *Obra literaria*, ed. Pedro Grases. Caracas: Ayacucho.
- Bello, Andrés. 2022. *Obras Completas 1: Epistolario*. Santiago de Chile: Biblioteca Nacional.
- Carilla, Emilio. 1979. *Poesía de la Independencia*. Caracas: Ayacucho.
- Caro, Miguel Antonio. 1943. «José Fernández Madrid: apuntes biográficos». *Revista de Indias* 57: 407-23.
- Castillo Mier, Ariel. 2011. «José Fernández Madrid: poeta cartagenero de la independencia». En *Cartagena de Indias en la Independencia*, eds. Haroldo Calvo y Adolfo Meissel, 407-527. Cartagena: Banco de la República. <https://repositorio.banrep.gov.co/server/api/core/bitstreams/91d494eb-a4d9-4471-a038-adee92224eed/content>.
- Castrillón Muñoz, Aurelio. *Historia de las banderas y escudos nacionales*. Bogotá: Revista de las Fuerzas Armadas.
- Congreso de Angostura, 1819-1821*. 1983. Vol. 2. Caracas: Congreso de la República.
- Cortázar, Julio. 1981. «Literaturas del exilio». Madrid: *Cambio* 16 489: 99-101.
- Cymerman, Claude. 1993. «La literatura hispanoamericana y el exilio». *Revista iberoamericana* 164-165: 523-50. 10.5195/reviberoamer.1993.5171.
- Fernández de Castro, Juan Antonio. 1942. «El revolucionario colombiano José Fernández Madrid y su actuación en La Habana». *Revista de la Universidad de La Habana* 40-42: 27-48.
- Fernández Madrid, José. 1809. *España salvada por la Junta Central: ensayo poético, que dedica el Excmo. S.D. Antonio de Narváez y La Torre*. Cartagena de Indias: s/n.

- Fernández Madrid, José. 1821. *Poesías*. La Habana: Imprenta Fraternal de los Díaz de Castro.
- Fernández Madrid, José. 1825a. *Elegías nacionales peruanas*. Cartagena de Indias: Juan A. Calvo.
- Fernández Madrid, José. 1825b. *Exposición de... a sus compatriotas sobre su conducta política desde el 14 de marzo de 1816*. Bogotá: F. M. Stokes.
- Fernández Madrid, José. 1827a. *Guatimoc o Guatimocin*. París: J. Pinard.
- Fernández Madrid, José. 1827b. *Breve contestación en que el Dr. J. F. Madrid: satisface con documentos a los cargos que le ha hecho el Sr. Restrepo en su Historia de Colombia*. Londres: M. Calero.
- Fernández Madrid, José. 1828. *Poesías*. Londres: Imprenta española de M. Calero.
- Gies, David Thatcher. 1999. «Sobre el erotismo rococó en la poesía del siglo XVIII español». En *Estudios de cultura hispánica en memoria de Victor Oui-mette*, eds. Ramón F. Llorens y Jesús Pérez Magallón, 85-95. Montreal: McGill University.
- Heredia, José María. 1831, septiembre. «Poesías de José Fernández Madrid». *Miscelanea: periódico crítico y literario*: 114-23.
- Hernández V., Luis Mario. 1969. «José Fernández de Madrid: periodista, médico y abogado». *Revista de las Fuerzas Armadas* 54: 423-33. <http://dx.doi.org/10.25062/0120-0631.3855>.
- Iturrondo, Francisco. 1834. *Ocios poéticos de Delio*. Matanzas: Imprenta del Gobierno.
- Latorre Broto, Eva. 2020. «Contribuciones al estudio del filohelenismo en hispanoamerica: cantos a la Grecia libre en la Gran Colombia». *Byzantion nea Hellás* 39: 317-44. <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-84712020000100317>.
- Lecuna, Vicente, ed. 1917. *Papeles de Bolívar*. Caracas: Litografía del Comercio.
- Llorens, Vicente. 1968. *Liberales y románticos: una emigración española en Inglaterra*. Madrid: Castalia.
- Manzano, Juan Francisco. [1835]. 2007. *Autobiografía del esclavo poeta y otros escritos*. Madrid: Iberoamericana.
- Manzano, Juan Francisco. 1821. *Poesías líricas*. La Habana: Arazosa y Soler.
- Martínez Silva, Carlos. 1889. *Biografía de D. José Fernández Madrid*. Bogotá: Pontón.
- Menéndez Pelayo, Marcelino. 1894. *Antología de poetas hispano-americanos*. Vol. 3. Madrid: Sucesores de Rivadeneyra.
- Menéndez Pelayo, Marcelino. 1913. *Historia de la poesía hispanoamericana*. Tomo 2. Madrid: Victoriano Suárez.

- Miranda Avendaño, Raquel, y John Henry Barbosa Ramos. 2016. «Una luz encendida en la formación de la Nación Colombiana: la alborada de Fernández Madrid», *Unicarta* 117: 94-100. <https://hdl.handle.net/11227/16882>.
- Molloy, Sylvia. 1996. *Acto de presencia: la escritura autobiográfica en Hispanoamérica*. México: FCE.
- O'Leary, Florencio. 1884. *Memorias*. Caracas: El Monitor.
- Olmedo, José Joaquín. 1826. *La victoria de Junín: canto a Bolívar*. Londres: M. Calero.
- Olmedo, José Joaquín. 1960. *Epistolario*, ed. Aurelio Espinosa Polit. Puebla: J. M. Cajica.
- Orjuela, Héctor H., ed. 2001. José Fernández Madrid, *Lírica erótica*. Bogotá: Guadalupe.
- Orjuela, Héctor H. 2008. *Historia de la literatura colombiana: literatura romántica*. Vol. 1. Bogotá: Guadalupe.
- Paniagua Blanc, Marina. 2019. «Poesía e historia en la obra de Fernández Madrid». En *La lupa y el prisma: enfoques en torno a la literatura hispánica*, eds. Ana Abello Verano, Daniele Arciello y Sergio Fernández Martínez, 79-97. León: Universidad de León.
- Paniagua Blanc, Marina. 2021. «La tragedia *Atala* de Fernández Madrid: entre la tradición clásica y el prerromanticismo». En *Visiones histórico-literarias de España y el Nuevo Mundo en la tradición clásica (siglos XVI-XIX)*, eds. Jesús Paniagua Pérez y Ángel Ruiz Pérez, 299-325. Berlín: Peter Lang. <https://doi.org/10.3726/b17631>.
- Pérez Manosalba, Santiago. 1851. *Ensayos líricos y dramáticos*. Bogotá: Echeverría Hermanos.
- Restrepo, José Manuel. 1827. *Historia de la revolución de la república de Colombia*. París: Librería Americana.
- Rocafuerte, Vicente. 1823. *Ensayo político: el sistema colombiano, popular, electivo y representativo, es el que más conviene a la América independiente*. Nueva York: A. Paul.
- Rosero Jácome, Rocío. 1994. *José Joaquín Olmedo patriota, político o desertor...? 1800-1847*. Quito: Eskeletra.
- Torres Caicedo, José María. 1863. *Ensayos biográficos y de crítica literaria sobre los principales poetas y literatos hispano-americanos*. Primera serie I. París: Guillaumin.
- Valerio, Máximo. 1998. *Facta et dicta memorabilia*, ed. John Briscoe. B. G. Teubneri: Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Teubneriana. Stuttgartiae et Lipsiae.

Vergara y Vergara, José María. (1867). 2017. *Historia de la literatura en Nueva Granada*. Bogotá: Ministerio de Cultura.

<https://www.bibliotecadigitaldebogota.gov.co/resources/2546472/>.

Vergara y Vergara, José María. 1931. *Obras escogidas: biografías*. Vol. 2. Bogotá: Minerva.



## SECCIÓN MISCELÁNEA / MISCELLANY

